

ECUADOR Debate₁₁₄

Quito/Ecuador/Diciembre 2021

Economía Feminista: Economía del Cuidado

Bienvenidos a Ecuador: crisis, muerte y
“reactivación”

Reflexiones en torno a la coyuntura

Conflictividad socio-política:
Julio-Octubre /2021

Aproximaciones teóricas y realidades
de la Economía Feminista

Economía feminista y post normalidad:
Reflexiones para una agenda de
investigación

Cuidados, mercado laboral y crisis: los
efectos sobre las mujeres en Ecuador

Ecología política feminista y política del
cuidado

Mujeres y cuidado: Reflexiones en el
contexto de la crisis del COVID-19

Reconocer, Reducir y Redistribuir los
Trabajos de Cuidado

Las asociaciones productivas agrícolas
¿Un camino a la equidad de género en
la ruralidad?

Sublevaciones indígenas en
Chimborazo: 1920-1921

La Reforma y contrarreforma monetaria
financiera



ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinoza,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero, Hernán Ibarra, Rafael Guerrero

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editora: Lama Al Ibrahim
Asistente General: Margarita Guachamín

Ecuador Debate, es una revista especializada en ciencias sociales, fundada en 1982, que se publica de manera cuatrimestral por el Centro Andino de Acción Popular. Los artículos publicados son revisados y aprobados por la Dirección y los miembros del Comité Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis son de exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente representan la opinión de *Ecuador Debate*. Se autoriza la reproducción total o parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente: © **ECUADOR DEBATE. CAAP.**

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 51

ECUADOR: US\$. 21

EJEMPLAR SUELTO EXTERIOR: US\$. 17

EJEMPLAR SUELTO ECUADOR: US\$. 7

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 - 2523262

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net - www.caapecuador.org

Redacción: Diego Martín de Utreras N28-43 y Selva Alegre, Quito

PORTADA

Gisela Calderón/Magenta

DIAGRAMACIÓN

David Paredes

IMPRESIÓN

TECNIGRAF

ISSN: 2528-7761



ECUADOR DEBATE 114

Quito, Ecuador • Diciembre 2021
ISSN 2528-7761

PRESENTACIÓN 3-8

COYUNTURA

Bienvenidos a Ecuador: crisis, muerte y “reactivación”. 9-30

John Cajas Guijarro

Reflexiones en torno a la coyuntura 31-46

Edison Paredes Buitrón

Conflictividad socio-política 47-57

Julio-Octubre 2021

TEMA CENTRAL

A manera de presentación del Tema Central:

Aproximaciones teóricas y realidades de la Economía Feminista. 59-62

Silvia Vega, Ailynn Torres y Nora Fernández

Economía feminista y post normalidad:

Reflexiones para una agenda de investigación 63-86

Alison Vásconez Rodríguez

Cuidados, mercado laboral y crisis:

los efectos sobre las mujeres en Ecuador. 87-111

Karla Vizuete, Gabriela Andrade y Nora Fernández

Ecología política feminista y política del cuidado 113-134

Wendy Harcourt

Mujeres y cuidado: reflexiones en el contexto de la crisis del COVID-19	135-148
<i>Diana Morán Chiquito y Roberto Ruiz Blum</i>	
Reconocer, Reducir y Redistribuir los Trabajos de Cuidado: la experiencia del Sistema Distrital de Cuidado en Bogotá	149-170
<i>Natalia Moreno Salamanca</i>	

DEBATE AGRARIO

Las asociaciones productivas agrícolas ¿Un camino a la equidad de género en la ruralidad?.	171-187
<i>Suelen Emilia Castiblanco Moreno</i>	

ANÁLISIS

Subelevaciones indígenas en Chimborazo: 1920-1921. Algunas representaciones a partir de El Telégrafo y El Observador.	189-200
<i>David Anchaluisa Humala</i>	
La reforma y contrarreforma monetaria-financiera	201-223
<i>Luis Rosero M.</i>	

RESEÑAS

Violencia social interpersonal	225-232
<i>Patricio Moncayo</i>	
La Revolución Ciudadana y las organizaciones sociales. Ecuador (2007-2017). El caso de la Red de Maestros	233-237
<i>Víctor Hugo Torres D.</i>	
El oficio de la mirada. La crítica y sus dilemas en la era poscine.	239-240
<i>Galo Alfredo Torres</i>	

Violencia social interpersonal

| Lautaro Ojeda Segovia
| La Tierra, Quito, 2021, pp. 275.

Patricio Moncayo

Lautaro Ojeda, es un prolífico autor de una literatura que explora terrenos poco estudiados de la sociedad. Su formación en ciencias sociales y su vasta experiencia como catedrático, planificador, consultor de organismos nacionales e internacionales, le permiten abordar, de manera sistemática y rigurosa, temas vinculados con el diseño de políticas públicas. Tal es el caso de la descentralización, la seguridad ciudadana, la planificación, entre otros.

Su último libro, *Violencia social interpersonal*, trata una problemática de gran complejidad, a partir de una metodología sistémica, basada en una amplia bibliografía, de diferentes posturas teóricas e ideológicas. Discute el carácter parcial y fragmentario, no solo de los estudios académicos sino de la base informativa utilizada para la formulación de políticas públicas en este campo.

De la lectura del libro, se desprende todo un programa de investigación aplicada, que debería ser asumido por

las universidades y las instituciones estatales. No solo se trata de comprender teóricamente el inabarcable campo de la violencia social, sino de marcar una ruta para fundamentar la puesta en práctica de intervenciones eficaces, desde el sector público y privado, que no se queden en el plano meramente reactivo.

Entre los aportes del estudio, se destaca la conceptualización de la violencia social que comprende las más diversas interacciones sociales, a nivel macro y micro, en el espacio estructural de las relaciones sociales fundamentales y las localizadas en espacios acotados como la familia, la escuela, la vida cotidiana. Están implícitas, las relaciones políticas que giran en torno a las del Estado con los ciudadanos.

El estudio destaca, a su vez, la imbricación entre la violencia interpersonal y la violencia social, pero también las particularidades de una y otra. Sin dejar de señalar sus causas estructurales, aquilata el papel de los actores involucrados en los

distintos espacios de juego. Así evita asignar a las estructuras una fuerza determinante de la acción humana, y le confiere a ésta un valor propio.

No todo está, pues, predeterminado. El Estado y la sociedad mantienen relaciones dinámicas entre sí. Justamente, por eso, no es posible quedarse en las causas estructurales de estas violencias. De ahí, la importancia del conocimiento que proveen las ciencias sociales en sus distintos campos. Ello exige un abordaje interdisciplinario del vasto campo de la violencia social, y también de una acción interinstitucional que potencie la capacidad de acción del Estado.

Los distintos tipos de violencia, producidos en los ámbitos público y privado, no han sido objeto de un tratamiento equitativo. Las más visibles, como la violencia criminal, atrapan la atención del Estado y de los medios de comunicación. No así, las violencias microsociales, las que ocurren todos los días en nuestro entorno más cercano. Tampoco el Estado ha podido delinear políticas eficaces para prevenir los homicidios. El control que ejerce es más reactivo y no siempre oportuno, no se basa en estudios e investigaciones sobre las causas de los eventos violentos que ocurren en los distintos ámbitos.

Por ello, el libro de Ojeda, es un muy fundamentado llamado de atención sobre estas falencias, de las que es responsable la academia. En cierto modo,

también los teóricos que se han referido al tema, han carecido de una metodología adecuada que muestre las interrelaciones entre los distintos fenómenos que están detrás de la violencia social que la generan. El concepto de la *gubernamentalidad* de Foucault (2009: 355), traza una línea de demarcación entre el gobierno y el Estado. Dicho concepto, coloca a la *población* en el centro de la acción estatal. Es esto lo que ha estado ausente de las prácticas de gobierno y lo que ha producido los lamentables resultados, que Ojeda ha puesto al desnudo.

La *gubernamentalidad*, actúa sobre los factores estructurales que los gobiernos pasan por alto, absorbidos, como están, por el orden policial (Rancière, 1996: 35). Su implementación requiere de una reingeniería institucional, que le permita al Estado visualizar el conjunto de la sociedad. La ausencia de este tipo de enfoque, lleva a los gobiernos a descuidar a la *población*, ahondando así las inequidades sociales. La violencia delictiva puede ser producto de una acumulación de ausencias y falencias del Estado, que agravaron y agravan la vulnerabilidad de los sectores más pobres e indefensos de la sociedad, para los cuales el Estado es casi una entequeia. La carencia de alternativas para ellos, en el marco del orden legal vigente, le abre posibilidades al crimen organizado para suplir ese vacío.

El Estado, no puede sectorizar su acción. Así como es necesaria la transdisciplinariedad, en el conocimiento, también

la transversalidad es necesaria en el campo práctico de la gestión de gobierno, como lo demuestra fehacientemente Ojeda. La violencia es un macro problema que no puede ser abordado por partes.

Otro ámbito de acción del Estado que se señala en el libro, objeto de esta reseña, es el de la conciencia social. Los comportamientos y actitudes de la gente, también pueden desembocar en situaciones de violencia, cuando los conflictos latentes no son debidamente encarados. De ahí, la importancia de la educación. En la actualidad, dada la globalización y el desarrollo tecnológico de la comunicación, hace falta construir espacios de interacción en los que prevalezcan valores de solidaridad y de convivencia pacífica.

La violencia cultural, nos muestra el libro, atraviesa todas las anteriores dimensiones, como producto de un proceso civilizatorio de carácter traumático. La lógica del *progreso*, arrasó con costumbres atávicas y muchas veces se implantó mediante la violencia. Es lo que Hobbes propuso en el *Leviatán*. Un Estado basado en la violencia con la que se pretendía dar fin a la “guerra de todos contra todos”. Con esa concepción, se disolvió el carácter social del Estado, convirtiéndole a éste en un órgano de represión institucionalizada que sometiera las pasiones a la razón.

Así emerge también la guerra racial. La cultura occidental se abrió paso vituperando las “formas sociales exóticas” y

suprimiendo la diversidad cultural. De esta manera, la historia fue narrada como la historia de guerras, haciendo caso omiso del *lenguaje*, que fue la forma como se relacionaron los seres humanos, dando paso a un modo de vida que surgió “hace unos tres millones de años” (Maturana, 1997: 15).

La etnografía ha desentrañado ese proceso de aniquilación de las culturas autóctonas. Lévi-Strauss, relata las expresiones de Georges Dumas sobre los indígenas en Brasil. “Había conocido el Brasil meridional en una época en que el exterminio de las poblaciones indígenas aun no había llegado a su término. El embajador de Brasil en París se sorprendió cuando en un almuerzo, Dumas le preguntó por los indios. ¿Indios? ¡Ay mi querido señor, hace años que han desaparecido completamente!” (2006: 57).

La colonización española, igualmente, incurrió en genocidio. Cien mil indios en 1492, dice Strauss, fueron reducidos a doscientos. Un siglo más tarde, en Haití y Santo Domingo “morían de horror y repugnancia por la civilización europea más aun por la viruela y sus golpes (...) [los colonizadores], tampoco están seguros de que fueran hombres”.

El libro de Lautaro Ojeda, pone al descubierto la concurrencia de múltiples violencias, de un orden social que ha hecho de los seres humanos voraces depredadores tanto de la naturaleza física, como social.

La dimensión teórica de la violencia

Un aporte notable del libro, es la conceptualización de la violencia. Sus distintos tipos, sus características particulares, sus diferencias, sus causas, sus mutaciones, sus interrelaciones.

Ello le hace descender a la violencia social, de un plano abstracto a un terreno más concreto. En éste destaca la violencia cotidiana, muchas veces naturalizada. La agresividad subyacente en los seres humanos puede devenir en violencia. La transición de la una a la otra, rebasa el plano personal. La incidencia de la cultura, del contexto, del poder, se manifiesta en sus distintos significados y efectos. La ambigüedad del término, responde a las visiones contrapuestas que se disputan su verdad. En efecto, en ella “intervienen perspectivas históricas, culturales, juicios morales y situacionales y, a la vez, visiones ideológicas” (Ojeda, 2021: 25).

También es notable su relatividad, el catálogo de la violencia ha variado históricamente. Las prácticas sociales del esclavismo y del feudalismo, carecen hoy de justificación. La Inquisición, la cacería de brujas, el absolutismo, incluso la cultura patriarcal, han sufrido variaciones significativas. Pero la modernidad, ha traído consigo nuevas prácticas, más, o menos, violentas que las del pasado. Y tampoco éstas han desaparecido por completo.

Concurren en la violencia, factores subjetivos y objetivos. No solo cuentan los daños físicos sino los morales. Esos daños afectan a personas, pero también a colectividades. En este último caso, los daños suelen ser imputables al sistema y no a los actores sociales y políticos. Sin embargo, en esos procesos sociales, no es posible ignorar el papel de caudillos o de partidos.

La violencia sistémica no es algo abstracto. Es a partir de ella que los otros tipos de violencia pueden ser comprendidos. Lo cual presupone tratarlos de manera integral. No es lo mismo el emprendimiento empresarial agresivo, socialmente valorado, que el resentimiento de quienes han sido víctimas de la frustración y el cercenamiento de sus derechos.

La dimensión histórica de la violencia

La violencia ha dado lugar no solo a la violencia física, a la guerra, sino a una utilización deliberada de mecanismos culturales para disfrazar la dominación de un sistema y de una clase. Entre ellos sobresalen la ley y la ideología. En países en los que hubo un desarrollo cultural elevado, no fue con las armas que se abrió paso la reforma social. Desde el Renacimiento en Europa se fue cimentando un pensamiento científico que privilegió la razón. El *Estado nación*, estuvo asociado al nacimiento de la política. Ésta

se deslindó de la religión e incorporó el concepto de un poder común, llamado Estado. Éste dejó de ser expresión de una voluntad única, como bajo el reinado de Luis XI en Francia, para convertirse en un juego de voluntades y fuerzas afinadas en la ideología.

La ideología devino en un campo de fuerzas en el contexto de la lucha de clases. Los antagonismos sociales no siempre pudieron resolverse pacíficamente. Por ello Foucault, invirtiendo la clásica formulación, del estratega militar Carl von Clausewitz, sostuvo que la política “era la continuación de la guerra por otros medios” (2010: 28).

Con el surgimiento de la opinión pública, la dominación política por la fuerza, cede su lugar a la dirección de la sociedad por mecanismos ideológicos. Con la creación de la imprenta en Francia e Inglaterra, se forman élites intelectuales que adquirieron mayor espacio en la jerarquía social. Dichas élites se diferenciaron de la burguesía, como clase, y accedieron al poder político del Estado. El ejercicio de este poder tuvo como sustento, el equilibrio de funciones. Ello implantó el consentimiento social como fundamento del poder.

La aceptación del nuevo orden social, devino en un proceso que se apoyó en la violencia simbólica, que discriminó las conductas consideradas impropias de las socialmente valoradas, como la urbanidad, la educación, los protocolos, y de-

más expresiones de *distinción social*—como lo calificó Pierre Bourdieu—, basada en la posesión de bienes no solamente materiales. Junto a la posesión de los recursos productivos que configuran el capital, en términos económicos, Bourdieu detectó la existencia de un *capital social* que proviene de otras fuentes, como el conocimiento, las conexiones, el prestigio.

La domesticación de la violencia

De la crueldad con que se hacía justicia, se pasó a las reformas humanistas que dosificaron el castigo según el grado del delito. Emerge para Foucault, la “discreción institucional de las cárceles, hospitales, hospicios y escuelas” (2021: 26), es decir, una guerra silenciosa que “reinscribiría en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, hasta en los cuerpos de unos y otros” (Ídem: 29).

Los mecanismos de control que se implementaron por la fuerza, no condujeron a la pacificación social sino a la instauración “de violencias menos evidentes”. Eran mecanismos de exclusión, que incorporaban el aparato de vigilancia, la medicalización de la sexualidad, de la locura, de la delincuencia, lo que Foucault denominó “la micromecánica del poder” (2010: 41).

En esa micromecánica del poder, la violencia psicológica y simbólica se ejerce de manera silenciosa, invisible. Se

constituyen en el soporte de la dominación desde arriba. El poder, entonces, según Foucault “no es algo macizo y homogéneo [...], transita por los individuos” (2010: 26), y ello explica las múltiples formas de dominación, así como, los múltiples sometimientos.

En el plano macro, me parece de mucha utilidad, el concepto de *policía* de Jacques Rancière. La conceptualiza como “la distribución de las funciones y los lugares que define un orden policial, que depende tanto de la supuesta espontaneidad de las relaciones sociales, como de la rigidez de las funciones estatales” (1996: 43). La *policía*, en la acepción de Rancière, vendría a ser lo opuesto de la *gubernamentalidad* de Foucault.

Con el tema de los conflictos, del cambio social y de la violencia, se profundiza el análisis de la violencia estructural. Hay una *distorsión* de partida que se expresa en la lucha de clases. En ella, se conjugan distintos tipos de violencia. Su desenlace no es posible predecirlo. Si el cambio se perfila como evolución o como revolución. Y desde luego, la desigualdad estructural, desencadena la violencia interpersonal, derivada del racismo, el machismo y la discriminación de clase. Es aquí, donde se despliega la violencia simbólica.

Pese a su origen, la violencia interpersonal es distinta de la violencia política, económica, cultural e ideológica. Y, por cierto, no es igual a la violencia criminal.

Estas diferencias, no se evidencian en las estadísticas, ya que no toman en cuenta los aspectos cualitativos.

La violencia simbólica, produce formas de discriminación que se agregan a las que provienen de la polarización política y la inequidad económica. Ello, impidió que en América Latina el ideal liberal cobrara la misma fuerza que en Europa, señala Ojeda. La igualdad ante la ley chocó con el clasismo, el racismo y el machismo, lo cual se manifiesta incluso en el lenguaje.

En tal entorno, con la transformación de la familia, la crisis de valores tradicionales, por el detrimento de la influencia de la Iglesia Católica, han cobrado fuerza valores como el individualismo y la competitividad. La marginalización procedente del campo, acentúa las otras formas de discriminación. La cultura del medio rural, se ve erosionada en las ciudades, desaparece el sentido comunitario. Emergen, entonces, formas de evasión como el alcoholismo, que acentúa las carencias y la hostilidad familiar.

El hogar deja de ser un sitio seguro, y las condiciones en que se desenvuelve la vida de los jóvenes, les convierten en víctimas de las carencias económicas. Muchos escapan del hambre y del frío, a través del consumo de drogas.

La violencia doméstica y la violencia escolar, se inscriben en relaciones de dominio y poder. Estas violencias cotidianas pasan desapercibidas, pese a ser

antecedentes de actos y hechos de carácter delincencial. En la sociedad se van creando situaciones sociales explosivas, sin que las autoridades adopten medidas para reducir eventuales estallidos.

Se aprecia, entonces, un contexto de falta de alternativas educativas, laborales y comunitarias. La ausencia de información sobre este *otro mundo*, deja a la violencia social librada a su suerte. Se vuelve perentoria la investigación de las formas cómo se articulan los distintos tipos de violencia. Ello permitirá avanzar en el diseño de políticas públicas que incidan en transformaciones actitudinales, no solo de las víctimas de estas diversas formas de discriminación, sino de quienes detentan el poder y que siguen ejerciéndolo bajo cánones patriarcales. Y que, al final, terminan siendo víctimas de sus propias aberraciones.

La violencia social interpersonal, se practica en el espacio privado, lo cual exige una suerte de descentralización de las políticas públicas, dada la separación entre los ámbitos público y privado. El papel de la educación se vuelve, entonces, clave para promover los valores comunitarios y ciudadanos.

El estudio que se hace al final del libro, sobre el acoso escolar, el *bullying*, el femicidio, demuestran la pertinencia del enfoque metodológico del mismo. El autor sostiene, convincentemente, que esas violencias están “enraizadas en ideologías como el machismo, el racismo, la xeno-

fobia, el clasismo y la sobrevaloración de la imagen”.

El Ecuador está lejos de considerar estos temas como prioritarios. El Estado, por tanto, no ha desarrollado su capacidad para poner a la población en el centro de su responsabilidad. Los conceptos sobre estas distintas formas de violencia social interpersonal, al no ser socializadas, conducen a su reproducción. Esta ignorancia, señala el autor, “es de autoridades, padres de familia, profesores, personal administrativo de los centros educativos”.

La discriminación contra la mujer se origina en la cultura patriarcal dominante. La situación de desventaja femenina en la vida social fue denunciada por teóricas feministas, como Simone de Beauvoir. Ellas pusieron al descubierto el machismo, casi naturalizado por grandes filósofos y teóricos de la Ilustración. En el Ecuador las teorías feministas han alcanzado un importante desarrollo, y actualmente se imparten como cátedra en algunas universidades de posgrado.

“La violencia contra la mujer no se circunscribe a un solo espacio ni a un solo tipo de interrelación”. Aún las mujeres violentadas piensan que su exclusión es un asunto privado. “A la violencia visible, la de los golpes y las agresiones, se añade la violencia estructural propia de los sistemas sociales y de gobierno” (Ojeda, 2021: 220-221). A ella se añade la violencia simbólica y cultural.

La confrontación entre estructura y agencia

El libro de Lautaro Ojeda, muestra que la violencia social y las distintas formas de violencia derivadas de aquella, no son inamovibles. Destaca la acción de los agentes sociales y sus efectos transformadores. Su propuesta fundamenta un cambio social que presupone un cambio de mentalidad en todos los sectores que interactúan en la sociedad. De ahí, que no podrá ser implantado por la fuerza, sino por una mayor comprensión tanto de sus aspectos estructurales como coyunturales y situacionales, y de las responsabilidades que nos incumben como ciudadanos. El poder, dice Foucault, es algo que circula en los distintos actores. Hay que ejercerlo conscientemente, en los distintos espa-

cios, para revertir una realidad que ha sido construida y que puede ser modificada.

Referencias

- Foucault, Michel
2009. *Seguridad, territorio, población*. FCE. Buenos Aires.
-
2010. *Defender la sociedad*. FCE. Buenos Aires.
- Lévi-Strauss, Claude
2006. *Tristes Trópicos*. Paidós. Madrid.
- Maturana, Humberto
1997. *La democracia es una obra de arte*. Colección Mesa Redonda. Bogotá.
- Rancière, Jacques
1996. *El desacuerdo, política y filosofía*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.